

Oscar Lewis y los Hijos de Sánchez

Por MANUEL ROJAS

EL CABLE HA TRAI DO LA NOTICIA de que el antropólogo norteamericano Oscar Lewis y su libro "Los hijos de Sánchez" (publicado el año pasado por el Fondo de Cultura Económica) han sido acusados de la acusación de intento de corrupción de la moralidad mexicana. La acusación fue entablada por la Sociedad de Geografía Estadística de Ciudad de México. La noticia ha llegado en los momentos en que finalizaba la lectura del libro.

La acusación no me asombró, por supuesto: siempre hay, en cualquier parte del mundo, alguien tan chauvinista y tan estúpido como para acusar de inmoral a un hombre de ciencia o a un escritor: a Bertrand Russell, en Nueva York; a Gustavo Flaubert, en Francia; a Oscar Lewis, en México. La acusación me ha producido gran alegría, no sólo por el antropólogo norteamericano, si también por la editorial mexicana, cuyo director y consejeros han dado muestras del más amplio criterio al publicar éste y otros libros.

Oscar Lewis nació en Nueva York en 1914, y se graduó como antropólogo en Columbia University, en 1940; ha sido profesor en varias universidades norteamericanas y desde 1948 enseña en la de Illinois. Ha hecho investigaciones en Canadá, Cuba, España, la India y México. Sus obras son numerosas y entre las que ha escrito sobre México figuran "Life in a Mexican Village", "Tepoztlán Restudied", "Antropología de la pobreza. Cinco familias", y ésta que nos ocupa.

La familia de Chucho Sánchez, de que trata este libro, aparece ya en el último recién citado, aunque sólo en vista panorámica, tal como las otras. En varios años de trabajo, con una paciencia realmente de antropólogo, Oscar Lewis, aprovechando becas de universidades norteamericanas logró, con una técnica que empezó con el ablandamiento de una y otra familia para que se decidieran a darle sus datos generales y particulares, confeccionar éste libro. Pero ahora y en este abandono a las otras cuatro y fija su atención en una sola, quizá la más interesante o más generosa. Con una grabadora y durante días, meses y años, conversó con Manuel, Roberto, Consuelo y Marta Sánchez, hijos e hijas de Jesús y de Leonor. Ya lo había hecho antes con el padre y lo que éste dijo y dice aparece en el prólogo del libro. Lo demás lo llenan con demasía sus chicos.

Terminadas las preguntas y respuestas, todas grabadas, Oscar Lewis confeccionó su libro, estudio en profundidad de una familia pobre mexicana, residente en Ciudad de México. "En la obtención de los datos detallados e íntimos que contienen estas autobiografías, no utilicé ninguna técnica secreta, ni drogas psicoanalíticas, ni diván psicoanalítico alguno. Las herramientas más útiles del antropólogo son la simpatía y la solidaridad con la gente a la cual estudio. Lo que comencé en su interés profesional en sus vidas se convirtió en amistad cordial y duradera. Llegué a interesarme profundamente en sus problemas y con frecuencia sentí como si tuviera dos familias a quien atender: la familia Sánchez y la mía propia. He estado centenares de horas con miembros de la familia; he comido en sus casas, he asistido a sus bailes y convivido con ellos en sus festividades; los he acompañado adonde trabajan, me he reunido con sus parientes y amigos y he asistido con ellos a peregrinaciones, al cinematógrafo y a acontecimientos deportivos".

Hay en este libro, en el autor y sus personajes, algo que va más allá de la ciencia: un sentimiento humano profundísimo: "Básicamente, fue un sentimiento amistoso el que los llevó a contarme la historia de sus vidas. El lector no debe subestimar el valor que se requiere para presentar, como ellos lo hicieron, los muchos recuerdos y experiencias dolorosas de sus vidas... Su identificación con mi trabajo y su sentido de participación en un proyecto de investigación científica, por vana que haya sido la forma en que concibieron sus objetivos últimos, les proporcionó una sensación de satisfacción y de importancia que los transportó más allá de los horizontes más limitados de sus vidas diarias. Con frecuencia me dijeron que si sus autobiografías pudiesen ayudar a otros seres humanos en alguna parte, experimentarían una sensación de labor cumplida".

El libro está hecho a manera de un rondó cantado por los cuatro hermanos, canto o recitado, más bien dicho, que se interrumpen de vez en cuando para dar entrada a las diferentes voces. Cada una cuenta cierta época de su vida y la extensión es según sea esa vida más o menos llena de experiencia, y sería y es absolutamente imposible dar un extracto de cada una de esas partes, compuestas, como se supondrá, de una infancia, una adolescencia y una madurez, con incidentes, accidentes, viajes, reflexiones, consideraciones. El todo resulta totalmente depresivo, pero no lo fuera menos si el libro, en vez de haberse forjado en Ciudad de México, se hubiese forjado

en otra cualquiera capital latinoamericana, europea, asiática o norteamericana. Sólo se podrían citar pequeños trozos de lo dicho por cada uno de los personajes sobre su país, sobre sí mismos, sobre sus parientes o la vida en general, por ejemplo:

Manuel: "La vida entre nosotros es más cruda, es más real que entre las personas de dinero. Un chamaco de mi medio a los diez años ya no se espanta de ver el órgano sexual de una mujer; no se espanta de que otro tipo le esté sacando la cartera a una segunda persona; o de que abran a alguno con un cuchillo; no se espanta de nada de eso. A base de ver tanta maldad, de verla tan cerca, empezamos a ver la vida lo que es en realidad. Todos los de mi clase empezamos a conocer las crueldades de la vida tan chicos que nos damos el primer raspón, y se nos forma una costra. Esa costra nunca se nos borra —como las costras de sangre—, sino que ahí se nos queda, sin que sobre el espíritu. Después, otro golpe y otra costra, y así sucesivamente, hasta que se llega a hacer una especie de coraza. Después es uno indiferente a todo; incluso la misma muerte no nos espanta".

Roberto: "México es mi patria, ¿no? Y tengo por México un sentimiento muy especial, un cariño profundo, sobre todo por la capital. Para mí tiene una libertad de expresión y sobre todo una libertad para hacer cualquier cosa que uno quiera. Me es más fácil ganarme la vida aquí en México que en cualquiera otra parte de la república... aún manteniendo pinitas a los mexicanos no tengo muy buena impresión que digamos. No sé si esté equivocado, o será porque yo soy el que se ha portado mal, pero me parece que aquí no existen los buenos sentimientos. Aquí estamos como he dicho con la ley del más fuerte. Aquí al caído nunca lo ayudan. Al contrario, si pueden herirlo más todavía lo hunden. Nunca dejan sobresalir a nadie, tratan de hundirlo. Yo no soy un ser inteligente que digamos, pero en mi trabajo he sobresalido un poco... he llegado a ganar unos centavos más que los demás. Cuando mis compañeros de trabajo se han dado cuenta de ello me han hecho una política tremenda y me hacen quedar mal con las empresas. Y no falta quien diga que o robo, o que mató, o que anda en malos negocios, o que esto y que lo otro. ¿Será también por la falta de cultura que hay aquí en México? Hay tanta gente que no sabe ni siquiera escribir su nombre. Pero dicen que ha llegado la época del constitucionalismo. Eso es nada más una palabra rimbombante y bonita, incluso yo no sé ni lo que quiere decir. Aquí se vive por la violencia... homicidios, robos, asaltos. Hay que vivir en guardia".

Consuelo, al recordar que soñaba una vida mejor: "Cuando volvía ya a la tierra me veía precisada a olvidar la casa tan bonita que me había



LOS HIJOS DE MEXICO
Oscar Lewis los hizo hablar con sinceridad.

imaginado y mis ojos veían mi casa. El ropero se me ve un color muy oscuro to me antojaba una caja de muerto y siempre estaba lleno de la ropa de cinco, siete, o nueve gentes, según las que estuvieran viviendo ahí. La estomoda se tenía también que repartir entre toda la familia. Vestirse y desvestirse sin ser visto por todos los demás era también un problema. En las noches teníamos que esperar a que se apagaran las luces, o con mil trabajos sostener la cobija con los dientes y quitarse el vestido, o meterse bajo las cobijas con todo y vestido. A Antonia no le importaba mucho que la vieran en fondo, pero Paula, Marta y yo teníamos pena. Roberto se levantaba envuelto en la cobija y se salía a la cocina a vestir. Las mujeres nos esperábamos a que los hombres se fueran a trabajar y los niños se salieran para poder cerrar las puertas. Pero no faltaba quien llegara a buscarnos, o a querer entrar. Claro que ya no podíamos estar a gusto".

Marta: "Ya que estuvieron del otro lado en Estados Unidos, ya les fue bien y hasta mandaron dinero a la casa. Debe ser muy bonito por allá. Yo me imagino —no sé— que es un país tan civilizado que al menos es muy distinta la gente a la de aquí. Porque aquí si no lleva el interés por delante no le hacen a usted ningún favor, o se lo hacen, verdad, y esperan... y cuando menos espera uno, y cuando más lo necesita uno, se cobran ese favor. Aquí la gente es demasiado interesada. Y hay mucha gente que también es buena gente, ¿no?, pero pos aquí no sale de un beneficio. Como digo, de hambre no se muere uno, pero no es esa la cosa. Es como si estuviera uno en un charco de agua... no tiene, está estancada y no sale ningún beneficio en nada. Como he visto en películas, he leído en periódicos y todo, no es igual

por allá. Siempre ha sido mi sueño ir a vivir a Estados Unidos; vivir allí aunque sea en una casita muy humilde. Pero por mis hijos también me da miedo, porque he leído, verdad, que allá la delincuencia juvenil es un poco más avanzada que aquí, y que jovencitos, muy chicos, les faltan al respeto a los padres, les gritan, los amenazan... Y los padres no pueden decirles ni gritarles, y pues quién sabe por qué se dejarán mandar por los hijos. Que las mujeres pueden agarrar y salirse con cualquier hombre y que el hombre no ve en eso nada malo. Y aquí, pos no puede uno hacer amistad con otro hombre, porque ya el marido está golpeándole a una o la deja. Luego dicen que ya los gringos nos quieren venir a gobernar. Y que ya todo México se está haciendo a la ley de Estados Unidos más que Estados Unidos... Pero digo yo, eso sí es imposible, que el chico se coma al grande y que el hijo menor pueda mandar al mayor".

Ilusiones, frustraciones, estupididad, inteligencia, cárceles y penitenciarias, asesinos y ladrones, venalidad sexual, de todo hay en este libro, escrito en el más puro idioma del mexicano de Ciudad de México, libro que parece querer abandonar, por su amplitud y profundidad, los límites de la pura ciencia antropológica y adentrarse en la literatura de creación. Tan pronto llega a lo dantesco como desciende a la desesperación y el lector no sabe distinguir dónde empieza la persona humana individual y dónde empieza lo humano colectivo. ¿Son frutos del ambiente? ¿Son así porque no pueden ser de otro modo? De repente se inclina uno a lo primero y de repente a lo segundo, sin saber exactamente qué pensar. Oscar Lewis, por otra parte, no se pronuncia; deja hablar a sus criaturas. El lector es el que debe pensar en ellas.

RESPUESTA A M. RODRIGUEZ

Me refiero a la carta de un señor Manuel Rodríguez, publicada con mucha generosidad y sin avisarme en ERCILLA 1562. Esa carta me ha producido penosa impresión: me demuestra que su firmeza continúa en el estado mental en que yacía en Seattle durante el año académico 61-62 de la Universidad de Washington. Le habían dado allí el cargo de profesor asistente y le fue quitado ese cargo por su incapacidad para entender textos e informar sobre ellos; los profesores rechazaban una y otra vez sus desaharrados trabajos. En aquella época su mayor esfuerzo intelectual fue comprarse a plazos una estereofónica e

invitar a su departamento, con el pretexto de bailar, a las muchachas de la universidad. En el artículo a que él se refiere dije: "Hay en ese país, sin duda alguna, un gran desarrollo en las actividades productivas y comerciales, tal como hay grupos humanos de gran cultura, pero el término medio es, como en todo el mundo super o subdesarrollado, muy bajo, bajísimo a veces." Si alguien ve en esa frase una afirmación de que todo el pueblo norteamericano tiene una mentalidad subdesarrollada, debería ir, para su condenación, a reunirse con el señor Rodríguez. Sí, no sé inglés, pero no se

necesita saber inglés para leer "Life en español", y el señor Rodríguez, que sabe inglés, no ha podido, en años y años, obtener en aquel país un grado universitario. Llegará a decano de los estudiantes latinoamericanos de USA. Debe saber el autor de aquella carta que el norteamericano deciente estima al que le dice una franca opinión sobre cualquier aspecto de su país y que desprecia, en cambio, al que pretende alabarlo de modo rastreado. Cuidado.

MANUEL ROJAS